

J. D. Salinger

Levantad, carpinteros,
la viga del tejado

Seymour: Una introducción

Traducción de Carmen Criado

Alianza Editorial

Título original: *Raise High the Roof Beam, Carpenters and Seymour: An Introduction*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Harold Ober Associates Inc.
Agency e International Editors' Co.

Primera edición: 2010
Segunda edición, con nueva traducción: 2018

Diseño de cubierta: Estrada Design

*Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.*

*Copyright © 1955, 1959 by J. D. Salinger
Copyright renewed 1983, 1987 by J. D. Salinger
© de la traducción: Carmen Criado, 2018
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2010, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9104-944-9
Depósito legal: M. 27.060-2017
Printed in Spain*

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Levantad, carpinteros, la viga del tejado
- 85 Seymour: Una introducción

Si aún queda en el mundo algún aficionado a la lectura —o alguien que sólo lee y sigue adelante—, le pido, a él o a ella, con gratitud y afecto infinitos, que divida la dedicatoria de este libro en cuatro partes y la comparta con mi mujer y mis hijos.

Levantad, carpinteros, la viga del tejado

Una noche, hará unos veinte años, mientras mi enorme familia se hallaba asediada por las paperas, mi hermana pequeña, Franny, fue trasladada, con cuna y todo, a la habitación, aparentemente libre de gérmenes, que yo compartía entonces con Seymour, mi hermano mayor. Yo tenía quince años y él diecisiete. Hacia las dos de la madrugada me despertó el llanto de nuestra nueva compañera de cuarto. Durante unos minutos permanecí quieto, en posición neutral, escuchando el alboroto, hasta que oí, o más bien percibí, que Seymour se movía en la cama vecina a la mía. En aquellos días teníamos siempre una linterna en la mesilla de noche que había entre los dos por si se producía alguna emergencia, lo cual, que yo recuerde, nunca ocurrió. Seymour la encendió y se levantó.

—Mamá dijo que el biberón está en la cocina —le dije.

—Se lo he dado hace un rato —dijo Seymour—. No tiene hambre.

Se acercó a la estantería en medio de la oscuridad y fue iluminando con la linterna, de un lado a otro, los estantes. Yo me incorporé en la cama.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté.

—Creo que voy a leerle algo —contestó Seymour mientras cogía un libro.

—Por el amor de Dios, si sólo tiene diez meses —le dije.

—Lo sé. Pero tienen orejas. Oyen.

El que Seymour leyó a Franny aquella noche a la luz de la linterna era uno de sus relatos favoritos, un relato taoísta. Hasta el día de hoy Franny jura que recuerda cómo Seymour se lo leía.

El duque Mu de Chin dijo a Po Lo:

—Tú ya tienes muchos años. ¿Hay alguien en tu familia a quien pueda enviar a buscar caballos en tu lugar?

Po Lo le replicó:

—Se puede elegir a un buen caballo por su constitución y por su porte. Pero un caballo extraordinario, el que no levanta polvo y no deja huellas, es algo evanescente y fugaz, tan escurridizo como el aire. El talento de mis hijos corresponde a un nivel decididamente inferior. Saben distinguir a un buen caballo cuando lo ven, pero no saben distinguir a un caballo extraordinario. Sin embargo, tengo un amigo, un tal Chiu-fang Kao, un vendedor ambulante de carbón y verduras, que, en lo que concierne a caballos, no es en modo alguno inferior a mí. Recíbidle, por favor.

El duque Mu le recibió y más tarde le envió en busca de un corcel. Tres meses después Chiu-fang Kao volvió con la noticia de que lo había encontrado.

—Está en Shach'iu —añadió.

—¿Qué clase de caballo es? —le preguntó el duque.

—Es una yegua castaña —fue la respuesta.

Sin embargo, cuando fue enviada una persona a recogerlo, el animal resultó ser un semental negro como el carbón. El duque, muy disgustado, mandó llamar a Po Lo.

—Ese amigo tuyo —le dijo—, el que envié a buscar un caballo, se ha hecho un lío. ¡Ni siquiera sabe distinguir el color o el sexo de un animal! ¿Qué puede entender de caballos?

Po Lo exhaló un suspiro de satisfacción.

—¿Ha llegado a ese extremo? —exclamó—. Entonces vale diez mil veces más que yo. No hay comparación posible entre los dos. Lo que importa a Kao es el mecanismo espiritual. Al fijarse en lo esencial olvida los detalles; al centrarse en las cualidades interiores, pierde de vista lo exterior. Ve lo que quiere ver y no lo que no quiere ver. Mira lo que debería mirar y no lo que no es necesario mirar. Kao es tan bueno juzgando caballos que tiene cualidades suficientes para juzgar otras cosas más importantes.

Cuando llegó, el caballo resultó ser un excelente animal.

He reproducido aquí esta historia, no sólo porque siempre me esfuerzo por recomendar a padres y hermanos mayores de bebés de diez meses una buena prosa para tranquilizarlos, sino también por otra razón muy diferente. Lo que sigue es el relato de un día de boda de 1942. Es, en mi opinión, un relato completo, que incluye un comienzo, una mortalidad y un fin concretos. Como conocedor del hecho, creo que debo añadir que hoy, en 1955, el novio ya no está entre nosotros. Se suicidó en 1948 mientras se encontraba de vacaciones en Florida con su mujer... Pero a lo que quiero llegar realmente es a esto: desde que el novio se retiró permanentemente de la escena no he podido pensar en nadie a quien querría enviar a buscar caballos en su lugar.

A fines de mayo de 1942, los hijos —en número de siete— de Les y Bessie (Gallagher) Glass, artistas de variedades, ya retirados, de los teatros Pantages, se hallaban diseminados, por decirlo así, por todo Estados Unidos. Yo, el segundo de los hermanos, me encon-

traba en el hospital militar de Fort Benning, Georgia, con pleuresía, un pequeño recuerdo que me habían dejado trece semanas de entrenamiento básico en la infantería. Los gemelos, Walt y Waker, se habían separado un año antes. Waker estaba en un campamento de objetores de conciencia en Maryland y Walt se hallaba en algún lugar del Pacífico —o de camino— con una unidad de artillería de campaña. (Nunca hemos estado del todo seguros de dónde se encontraba Walt en ese momento concreto. No era muy aficionado a escribir cartas y después de su muerte nos llegó muy poca información —casi ninguna— respecto a sus circunstancias personales. Murió en un accidente increíblemente absurdo a fines del otoño de 1945, en Japón.) Boo Boo, la mayor de mis hermanas, que figura, cronológicamente, entre los gemelos y yo, era alférez en el Servicio Voluntario de la Marina y, con frecuencia, estaba destinada en una base naval de Brooklyn. Toda aquella primavera y aquel verano utilizó el pequeño apartamento de Nueva York al que mi hermano Seymour y yo habíamos renunciado prácticamente desde que nos habíamos alistado. Los dos hermanos pequeños de la familia, Zooey (varón) y Franny (hembra), estaban con nuestros padres en Los Ángeles, donde mi padre trabajaba como «cazatalentos» para unos estudios de cine. Zooey tenía trece años y Franny ocho. Los dos aparecían cada semana en un programa de radio, protagonizado por niños y titulado, quizá con la ironía típica del país, *Este chico sabe mucho*. Debo decir que en un momento u otro, o, mejor dicho, en un año u otro, todos los niños de nuestra familia han aparecido semanalmente en ese programa en calidad de «invitados» remunerados. Seymour y yo fuimos los primeros que participamos en ese concurso, cuando teníamos respectivamente diez y ocho años, allá por 1927, en los días en que se emitía desde uno de los salones del viejo hotel Murray Hill. Los siete hermanos, desde Seymour hasta

Franny, aparecimos en el programa bajo seudónimo, lo cual puede parecer extraordinariamente anómalo teniendo en cuenta que somos hijos de artistas de variedades, una secta raramente opuesta a la publicidad, pero mi madre había leído una vez en una revista un artículo que trataba de la pequeña cruz con la que tienen que cargar los niños profesionales, es decir, del distanciamiento que experimentan con respecto a una sociedad normal supuestamente deseable. Como consecuencia adoptó una postura inflexible acerca de ese asunto y jamás flaqueó. (No es éste el momento de abordar la cuestión de si la mayoría, o todos, los niños «profesionales» deben ser declarados proscritos, compadecidos o ejecutados sin piedad por perturbar el orden. Por el momento, sólo diré que la suma de lo que ingresamos por participar en ese programa ha costado los estudios universitarios de seis de los hermanos y está costando los de la séptima.)

Nuestro hermano mayor, Seymour —del que trataré casi exclusivamente en este relato—, era cabo en lo que, en 1942, aún se llamaba el *Air Corps*. Le habían destinado a una base de aviones B-17 de California, donde, creo, trabajaba en las oficinas. Debo añadir, y no totalmente de pasada, que era con mucho el menos dado a escribir cartas de toda la familia. Me parece que no he recibido más de cinco de él en toda mi vida.

La mañana del veintidós o veintitrés de mayo —nadie de mi familia ha fechado jamás ningún mensaje—, una carta de mi hermana Boo Boo fue depositada a los pies de mi cama en el hospital de Fort Benning mientras me vendaban el diafragma con esparadrapo (un método que se aplica habitualmente a pacientes con pleuresía y que, supuestamente, garantiza que, al toser, no se rompan en pedazos). Cuando acabó el suplicio, leí la carta de Boo Boo. Aún la conservo y la transcribo aquí literalmente:

Querido Buddy:

Tengo mucha prisa porque tengo que hacer el equipaje, así que esta carta será corta pero intensa. El Almirante Pellizca-traseros ha decidido que debe volar a algunos lugares secretos a causa de la guerra y ha decidido también llevar a su secretaria, es decir, a mí, si me porto bien. La idea me da cien patadas. Dejando a Seymour aparte, el viaje significa barracones en bases aéreas heladoras, intentos de ligue infantiles por parte de nuestros soldados y esas horribles bolsas de papel para vomitar en el avión. La cuestión es que Seymour se casa, sí, se casa, así que, por favor, presta atención. Yo no puedo asistir a su boda. Estaré fuera entre seis semanas y dos meses a causa de este viaje. He conocido a la chica. En mi opinión no tiene ninguna personalidad, pero es guapísima. En realidad no sé con seguridad si tiene personalidad o no. Quiero decir que la noche en que la conocí no dijo más de dos palabras. Se limitó a permanecer sentada, a sonreír y a fumar, así que no es justo que opine. Sobre su noviazgo no sé más que, al parecer, se conocieron cuando Seymour estuvo destinado en Monmouth el invierno pasado. La madre es increíble; picotea en todas las artes y ve a un psicoanalista jungiano dos días por semana (la noche en que la conocí me preguntó dos veces si me había psicoanalizado). Me dijo que le gustaría que Seymour se relacionara con más gente. A renglón seguido añadió que aun así le quiere muchísimo, etc., etc. Y que le había escuchado religiosamente todos los años que estuvo en la radio. No sé nada más, excepto que tienes que ir a la boda. Nunca te perdonaré si no lo haces. En serio. Mamá y papá no podrán venir desde California. Para empezar, Franny tiene el sarampión. A propósito, ¿la oíste la semana pasada? Se explayó increíblemente bien acerca de cómo volaba por todo nuestro apartamento cuando tenía cuatro años y no había nadie en casa. El nuevo presentador es aún peor que Grant, si eso es posible. Incluso peor que Sullivan en los viejos tiempos. Le dijo que probablemente *soñaba* que volaba. Pero ella se defendió maravillosamente. Dijo que sabía que volaba porque cuando

bajaba tenía en los dedos polvo de haber tocado las bombillas. Estoy deseando verla. Y a ti también. En cualquier caso, tienes que ir a la boda. Ve sin permiso si es necesario, pero ve, por favor. Tendrá lugar a las tres de la tarde del cuatro de junio. Será una boda laica y liberada, y se celebrará en casa de la abuela de la novia, en la calle Sesenta y tres. Los casará un juez. No sé el número de la casa, pero está exactamente dos portales más abajo de donde vivían Carl y Amy rodeados de lujo. Enviaré un cable a Walt, pero creo que ya ha zarpado. Por favor, ve, Buddy. Seymour está esquelético y tiene esa mirada de éxtasis con la que es imposible comunicarse. Quizá al final todo salga perfectamente, pero odio 1942. Creo que, en general, por principio, odiaré 1942 hasta que me muera. Te veré cuando vuelva. Con todo cariño,

Boo Boo.

Dos días después de la llegada de esta carta me dieron de alta en el hospital, custodiado, por decirlo así, por los tres metros de esparadrapo que rodeaban mis costillas. Durante una semana llevé a cabo una campaña agotadora destinada a conseguir el permiso para asistir a la boda. Al final lo logré, tras congraciarme laboriosamente con el comandante de mi compañía, un hombre aficionado a la lectura, según confesión propia, y cuyo autor favorito resultó ser, casualmente, también el mío, un tal L. Manning Vines. O Hinds. A pesar del vínculo espiritual que nos unía no pude sacarle más que un permiso de tres días, que, en el mejor de los casos, me proporcionaría el tiempo justo para ir en tren a Nueva York, asistir a la boda, engullir una cena en algún sitio y volver, empapado en sudor, a Georgia.

Recuerdo que en 1942, los vagones de ferrocarril, exceptuando los coches-cama, estaban ventilados solamente en teoría, iban llenos de policía militar y olían a zumo de naranja, leche y whisky de centeno. Me pasé toda la noche tosiendo y leyendo un tebeo que alguien

tuvo la amabilidad de prestarme. Cuando el tren llegó a Nueva York —a las dos y diez de la tarde del día de la boda— me encontraba agotado de tanto toser, exhausto en general, sudoroso y arrugado, y el esparadrapo me picaba como un demonio. En Nueva York hacía un calor insoportable. No tenía tiempo para ir a mi apartamento, así que dejé mi equipaje, que consistía en una bolsa de lona de aspecto bastante deprimente, en una de las taquillas de la estación de Pensilvania. Para empeorar aún más las cosas, mientras recorría el barrio en busca de un taxi, un teniente de Transmisiones, al que al parecer no había saludado al cruzar la Séptima Avenida, sacó de pronto una pluma y escribió mi nombre, mi número de recluta y mi dirección mientras unos cuantos civiles miraban la escena con interés.

Cuando al fin subí a un taxi estaba agotado. Di al taxista las indicaciones necesarias para que me llevara al menos hasta la antigua casa de Carl y Amy. Pero en cuanto llegamos a esa manzana todo resultó muy sencillo. Sólo había que seguir a la multitud. Había incluso un toldo que llegaba hasta la calzada. Poco después entré en una casa enorme, donde me recibió una mujer muy guapa, con el pelo color lavanda, que me preguntó si era amigo de la novia o del novio. Dije que del novio. «¡Ah!», dijo ella. «Estamos agrupando a todo el mundo». Se rió de una forma bastante excesiva y me llevó hasta la que parecía ser la única silla plegable vacía en una habitación muy grande llena de gente. Desde hace trece años tengo un vacío total en mi mente con respecto a los detalles físicos de esa habitación. Aparte de que estaba atestada y de que hacía en ella un calor asfixiante, sólo recuerdo dos cosas: que sonaba un órgano justo detrás de mí y que la mujer que estaba sentada a mi derecha se volvió y me susurró con entusiasmo de forma que todos lo oyeran: «¡Soy Helen Silsburn!». Del lugar en el que se encontraban nuestros asientos deduje que no era la madre de la novia, pero, por si acaso, sonreí, asentí amablemente, y estaba a punto

de decir quién era cuando ella se llevó un dedo discretamente a los labios y los dos miramos al frente. Eran, aproximadamente, las tres. Cerré los ojos y esperé, con cierta cautela, a que el organista dejara la música de circunstancias y atacara la marcha nupcial de *Lohengrin*.

No tengo una idea muy clara acerca de cómo transcurrió la hora y cuarto siguiente, aparte del hecho fundamental de que nadie atacó *Lohengrin*. Recuerdo unas cuantas caras desconocidas que se volvían subrepticamente, de vez en cuando, para ver quién tosía. Y recuerdo que la mujer que tenía a mi derecha volvió a dirigirse a mí con el mismo susurro festivo. «Debe de haber un retraso», dijo. «¿Has visto alguna vez al juez Ranker? Tiene cara de santo». Y recuerdo que, en cierto momento, la música de órgano pasó curiosamente, casi desesperadamente, de Bach a una pieza de la primera época de Rodgers y Hart. Pero me temo que, en general, pasé el tiempo prestándome a mí mismo una piadosa asistencia médica con el fin de reprimir mis ataques de tos. Durante todo el tiempo que estuve en esa habitación abrigué la idea, insistente y cobarde, de que estaba a punto de tener una hemorragia, o, al menos, iba a fracturarme una costilla a pesar del corsé de esparadrapo que llevaba.

A las cuatro y veinte —o por decirlo de una forma más directa una hora y veinte minutos después de que se desvaneciera toda esperanza razonable— la novia, con la cabeza baja y escoltada por sus padres, fue sacada del edificio y conducida, casi en volandas, por una escalinata de piedra hasta la acera. Después fue depositada —casi pasando, al parecer, de mano en mano— en el primero de los coches negros de alquiler que esperaban, en doble fila, junto al bordillo. Fue un momento excesivamente gráfico —propio de la prensa sensacionalista— y, como tal, tuvo como complemento testigos presenciales, ya que los invitados (yo incluido) habíamos empezado a salir del edificio, aunque discretamente, formando una manada atenta, por no decir bo-

quiabierta. Si algo pudo hacer el espectáculo un poco menos penoso fue el tiempo. El sol de junio, tan ardiente, tan deslumbrante, y tan próximo como múltiples bombillas de flash, hacía que la imagen de la novia, mientras bajaba casi como una inválida los escalones de piedra, se viera borrosa, lo cual fue lo mejor que podía sucederle.

Una vez que el coche de la novia hubo desaparecido —al menos físicamente— de la escena, la tensión en la acera —en especial en torno a la entrada del toldo, es decir junto al bordillo, donde precisamente me encontraba— degeneró en lo que, de haber sido la casa una iglesia y de haber sido domingo aquel día, podría haberse considerado la confusión normal causada por un grupo de feligreses que se dispersan. De pronto llegó el contundente mensaje —que, al parecer, partía del tío Al de la novia— según el cual los invitados debíamos utilizar los coches que esperaban junto a la acera, hubiera recepción o no, hubiera o no cambio de planes. A juzgar por la reacción de los que me rodeaban, el ofrecimiento fue recibido, en general, como un gesto de generosidad. Huelga decir, sin embargo, que los coches debían utilizarse sólo después de que un pelotón de aspecto formidable —descrito como la «familia más próxima» de la novia— hubiera tomado el medio de transporte que necesitaba para abandonar la escena. Y, después de un ligero y misterioso retraso, semejante a un embotellamiento y durante el cual permanecí curiosamente clavado en mi sitio, la «familia más próxima» comenzó efectivamente a protagonizar el éxodo a razón de seis o siete personas por coche en unos casos y de tres o cuatro en otros. El número de ocupantes dependía, deduje, de la edad, comportamiento y anchura de caderas de los primeros que tomaban posesión del vehículo.

De pronto, siguiendo la sugerencia, notablemente tajante, de uno de los que partían, me encontré parado en el bordillo, exactamente a la entrada del toldo, ayudando a los invitados a subir a los coches.

Por qué se me había elegido para esa tarea exige una breve reflexión. Que yo sepa, el hombre de acción maduro y sin identificar que me había seleccionado no tenía la menor idea de que yo era hermano del novio. Por lo tanto, parece lógico que me eligiera por razones mucho menos poéticas. Estábamos en 1942. Yo tenía veintitrés años y acababa de incorporarme al ejército. Supongo que fueron solamente mi edad, mi uniforme y la aureola color caqui, inconfundiblemente de servicio, que me rodeaba los que no dejaron duda acerca de mi idoneidad para hacer el trabajo de portero.

No sólo tenía veintitrés años, sino que los míos eran veintitrés años evidentemente inmaduros. Recuerdo que introduje a aquellas personas en los coches sin la menor habilidad. Lo hice manteniendo una falsa apariencia de cadete inexperto y perseverante que cumple con su deber. De hecho, al cabo de pocos minutos caí en la cuenta de que estaba satisfaciendo las necesidades de una generación predominantemente más vieja, más baja y más rolliza que la mía, y mi actitud al sostener a aquellos hombres y mujeres por el brazo y cerrar la puerta de su coche se fue haciendo aún más falsa que la anterior. De hecho empecé a comportarme como un gigante excepcionalmente competente e irresistiblemente atractivo, un gigante joven con tos.

Pero el calor de la tarde era, como mínimo, asfixiante, y las compensaciones que me ofrecía mi tarea debieron de empezar a parecerme cada vez más exiguas. De pronto, aunque la multitud de personas que formaban la «familia más próxima» de la novia apenas había comenzado a decrecer, me lancé al interior de uno de los coches recién cargados en el momento en que comenzaba a alejarse del bordillo. Al hacerlo, me di un golpe perfectamente audible (y quizá merecido) con el techo del vehículo. Uno de los ocupantes no era otro que mi susurrante conocida Helen Silsburn, quien comenzó a hacerme objeto de una simpatía sin reservas. Era evidente que el golpe había resonado en

todo el coche. Pero a los veintitrés años yo era el tipo de joven que ante cualquier lesión recibida en público (a excepción de una fractura de cráneo) responde con una risa que suena a hueca y subnormal.

El coche avanzó hacia el oeste, directamente, por decirlo así, hacia el interior del horno abierto que era el cielo de la tarde. Siguió en esa dirección a lo largo de dos manzanas, hasta que llegó a Madison Avenue, donde giró bruscamente hacia el norte. Sentí como si sólo la enorme lucidez y habilidad de aquel conductor anónimo nos hubiera salvado a todos de la terrible fuerza de succión del sol.

Durante las primeras cuatro o cinco manzanas de Madison en dirección norte la conversación dentro del coche se limitó principalmente a observaciones del tipo de «No sé si le dejo sitio suficiente» o «No he tenido tanto calor en toda mi vida». La persona que no había tenido tanto calor en toda su vida era, como había descubierto gracias a lo que había escuchado subrepticamente mientras me encontraba junto al bordillo, la dama de honor de la novia, una chica fornida de unos veinticuatro o veinticinco años de edad que llevaba un vestido de satén rosa y una diadema de nomeolvides artificiales en el pelo. Le rodeaba un aura de atletismo, como si, un año o dos antes, se hubiera graduado en educación física en la universidad. Sobre el regazo sujetaba un ramo de gardenias que parecía un balón de voleibol desinflado. Iba sentada en el asiento trasero del coche, apretada entre su marido y un anciano diminuto que llevaba chistera y chaqué y sostenía entre los dedos un habano sin encender. La señora Silsburn y yo —con nuestras rodillas tocándose de forma nada licenciosa— ocupábamos los trasportines. Dos veces, sin ninguna excusa y simplemente en busca de aprobación, me volví a mirar al anciano diminuto. Cuando había ayudado a cargar el coche y había mantenido la puerta abierta para que él entrara, había sentido el impulso repentino de cogerle en brazos e introducirle en el interior, cuidadosamente, a través de la

ventanilla abierta. Era la pequeñez personificada. No medía más de un metro cincuenta, pero no era un enano. En el coche, permanecía sentado mirando severamente al frente. Al volverme a mirarle por segunda vez, noté que tenía lo que parecía una mancha reseca de salsa en la solapa de su chaqué. Noté también que entre su chistera y el techo del vehículo quedaban diez o doce centímetros. Pero durante aquellos primeros minutos que pasé en el coche mi principal preocupación fue mi estado de salud. Aparte de la pleuresía y del golpe en la cabeza, había concebido la idea, fruto de la hipocondría, de que empezaba a dolerme la garganta. Permanecí sentado volviendo disimuladamente la lengua hacia atrás para explorar la parte que suponía afectada. Recuerdo que estaba mirando directamente hacia delante, a la nuca del conductor, un mapa en relieve de cicatrices de forúnculos, cuando de pronto mi compañera de transportín se dirigió a mí:

—No he tenido ocasión de preguntártelo dentro. ¿Cómo está tu encantadora madre? ¿No eres Dickie Briganza?

En el momento en que me hizo esa pregunta mi lengua estaba vuelta hacia atrás explorando mi paladar hasta la campanilla. La desplegué, tragué y me volví hacia mi vecina. Tenía unos cincuenta años e iba vestida a la moda y con buen gusto. Llevaba un maquillaje muy espeso. Le contesté que no, que no era Dickie Briganza.

Me miró entornando ligeramente los ojos y me dijo que era exactamente igual al hijo de Celia Briganza. Sobre todo en torno a la boca. Traté de mostrarle con mi expresión que ése era un error que cualquiera podía cometer. Luego volví a contemplar la nuca del conductor. El coche estaba en silencio. Miré por la ventanilla para cambiar de escenario.

—¿Tè gusta el ejército? —me preguntó la señora Silsburn de pronto, en tono de conversación.

En ese momento sufrí un breve ataque de tos. En cuanto se me pasó me volví hacia ella lo más rápidamente posible y le dije que había